

Mosqueteros en la Revolución

Adolfo Gilly

¿Qué relación tiene la novela europea de aventuras con la Revolución mexicana? Este ensayo de Adolfo Gilly recupera sorprendentes testimonios que vinculan a Los Tres Mosqueteros de Alexandre Dumas con las figuras de Felipe Ángeles y Francisco Villa.

Querido Víctor:

Para sumarme a la celebración por tu oficio de historiador y tus trabajos de profesor de generaciones de estudiantes, voy a contar un cuento verdadero.

Allá por abril de 1900, apenas iniciando el siglo que en el vasto mundo sería el de las guerras y las revoluciones, el capitán primero de artillería Felipe Ángeles, entonces en sus treinta años de edad y joven profesor del Colegio Militar de Chapultepec, publicó un artículo en el *Boletín Militar*.¹ “Un paseo a caballo” era su título.

Relata un recorrido ecuestre con su amigo, el teniente Gustavo Salas, por el bosque de Chapultepec, el río Consulado y otros lugares agrestes de la ciudad de entonces. Cuando iban de regreso al Colegio ya caía la noche. En cierto momento, escribe Ángeles, “distinguí unos eucaliptus elevados que en la semitristeza de aquella tarde agonizante se me antojaron lúgubres”. Señaló al teniente un punto en la penumbra y le dijo: “Creo que allí está el Panteón Español”. “Puede ser”, contestó Salas.

La respuesta vaga intrigó al capitán:

¹ *Boletín Militar*, primero de abril de 1900, pp. 13-14, y 8 de abril de 1900, pp. 3-4. Revista quincenal dirigida por el Capitán de Ingenieros Samuel García Cuéllar.

“Volví la cara para verle y lo encontré poseído de la melancolía a la que es tan propenso.

“—¿Qué le pasa?, le pregunté.

“—Hombre, esos árboles, ese cielo, esa luna pálida y la hora, me han entristecido.

“—Galopemos. Imagínese que aquella casita es una venta francesa del tiempo de Luis XIII, que usted es D’Artagnan, que yo soy Athos, que ya Porthos y Aramis han sido heridos y que sólo quedamos nosotros para ir a Londres por los herretes de Ana de Austria”.

Los dos oficiales del Ejército Federal, el capitán Ángeles y el teniente Salas, esa noche se sentían personajes de Dumas al rescate de las joyas de la reina contra las intrigas del cardenal Richelieu. Ángeles, por supuesto, era Athos, mientras al teniente le asignaba el papel del joven gascón D’Artagnan.

* * *

Al inicio de junio de 1912 Pancho Villa estaba preso en la cárcel de México por un acuerdo chueco entre el general Victoriano Huerta y el presidente Madero. Después de la batalla de Rellano, el 5 de junio Huerta había intentado fusilarlo por una supuesta insubordinación. El coronel y artillero Guillermo Rubio Navarrete, a ul-

timísima hora y ya con Villa ante el pelotón de ejecución, lo había impedido.

La crisis no podía ser más grave. Poco más de un año antes la audaz iniciativa de Pancho Villa y de Pascual Orozco, sin el previo acuerdo de Madero, había sido decisiva para la toma de Ciudad Juárez, primer gran hecho de armas de la Revolución, mientras Huerta aconsejaba a Porfirio Díaz no pactar y aplastar a los insurrectos con el Ejército Federal.

Don Porfirio, que sabía más, buscó una salida negociada con Francisco I. Madero, firmó a fines de mayo de 1911 los Acuerdos de Ciudad Juárez y dejó su larga presidencia, porque percibía mucho mejor que Madero y Huerta que los tigres andaban sueltos y él ya no los iba a poder enjaular. Mejor salir en paz y dignidad por propio pie que ser sacado a empujones.

Un año después Victoriano Huerta, general rencoroso, rasgo de peligro en quien comanda destacamentos armados, venció a Orozco en Rellano. Creyó entonces llegado el momento de cobrarse el agravio sobre el otro audaz de Ciudad Juárez y eliminar a Francisco Villa, el “general honorario”, que así lo llamaba con sorna por-

que comandaba un Batallón de Irregulares adscrito al Ejército Federal.

El presidente Madero intercedió por Villa a pedido de su hermano Raúl Madero pero pactó con Huerta. Villa quedó preso acusado del robo de una yegua fina de un hacendado, sometido a proceso y enviado a la cárcel de Lecumberri en la Ciudad de México. Le tocó como juez el licenciado Méndez Armendáriz. Unos veinte años después el semanario *Todo* entrevistó al juez sobre aquel caso.² La memoria aún estaba fresca — y cómo no, si de Villa se trataba — y el licenciado recordó:

“El señor Madero recibió del general Huerta un largo mensaje en que acusaba a Villa de los graves delitos de insubordinación, desobediencia, pillaje y uno o dos homicidios. Y el acuerdo para que el guerrillero fuese procesado fue escrito en el mismo mensaje de puño y letra del presidente”. Madero, que siempre tuteó a Villa mientras éste le hablaba de usted, nunca alcanzó a tener idea cabal de con quién estaba tratando.

“La yegua no figuró en la consignación”, agregó el juez al reportero.

A Méndez Armendáriz le atrajo la personalidad de aquel jefe norteño. Solía llamar a Villa, dijo, “a la reja” de la crujía para platicar con él, pues el preso “tenía facilidad de palabra” y “contaba muchas anécdotas interesantísimas”. “Pero tenía un defecto máximo: su extraordinaria irascibilidad. Cualquier contradicción lo sublevaba”.

Como muestra de aprecio, le prestó un ejemplar de *Los Tres Mosqueteros* que a Villa “le agradó muchísimo”. Desmentía así el juez, al pasar de su relato, la leyenda de que Villa había aprendido a leer en la prisión, una de las muchas consejas que corren en su entorno. Se ve que, veinte años más tarde, aquel preso a su cargo aún le caía simpático.

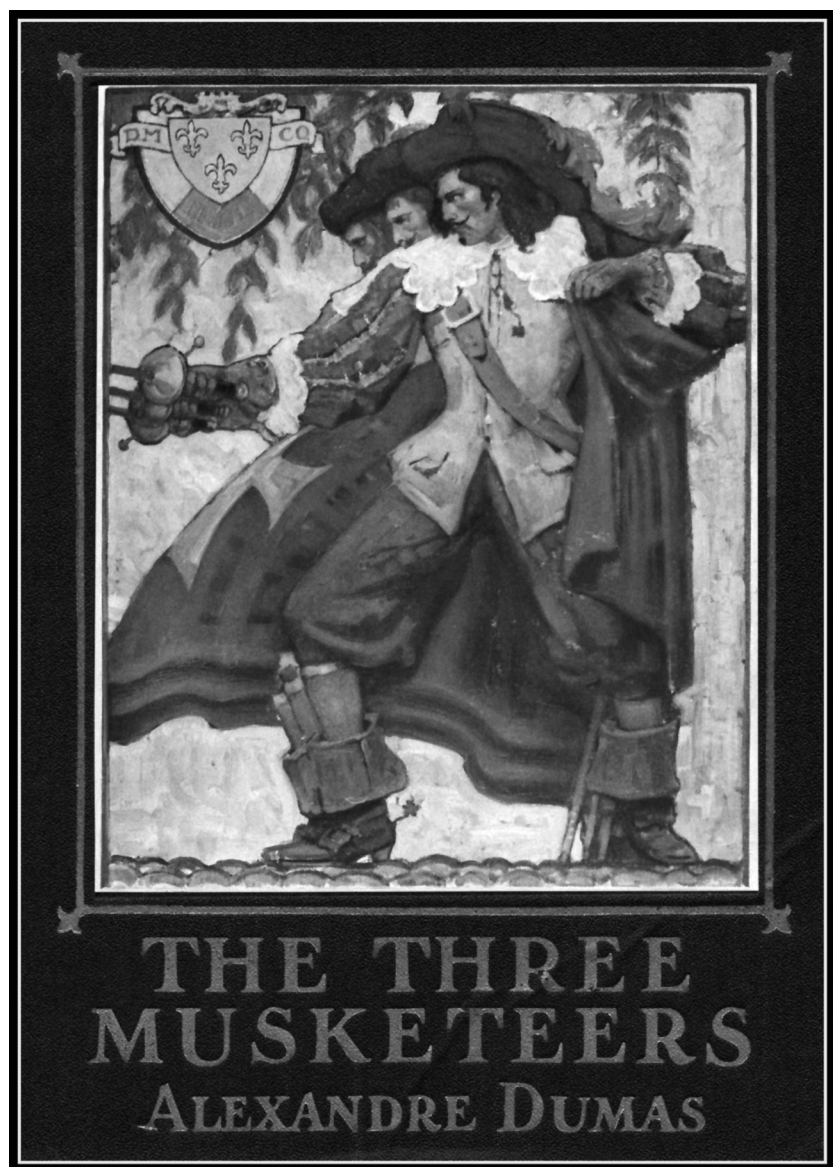
* * *

La señora Sara Aguilar Belden de Garza, de la buena sociedad de Monterrey, escribió los recuerdos de la vida de los suyos en la Revolución y los tiempos siguientes en un ameno libro, *Una ciudad y dos familias*.³ Su padre, don Jesús Aguilar González, era a inicios de 1915 un joven oficial de la División del Norte, a las órdenes de Felipe Ángeles quien, por esos días, después de derrotar a Antonio Villarreal en la batalla de Ramos Arizpe, había tomado Monterrey y gobernaba con mano respetuosa la ciudad.

Entre el botín de guerra cayeron también el tren y el lujoso carro donde tenía la sede de su mando el general

² Semanario *Todo*, México, 23 de noviembre de 1933, pp. 13-14.

³ Sara Aguilar Belden de Garza, *Una ciudad y dos familias*, Editorial Jus, México, 1970, pp. 347-350.



Villarreal, que meses antes en la Convención de Aguascalientes había hecho campaña para ocupar la presidencia finalmente otorgada a Eulalio Gutiérrez. Contó Aguilar a su hija:

—Yo me fui sobre el archivo que vi ahí y extraje un grueso número de portafolios en que guardaban telegramas y copias de telegramas que habían cambiado entre los generales Antonio I. Villarreal, Pablo González y Eulalio Gutiérrez, todos tendientes a que éste tuviera un arreglo con don Venustiano”.

Aguilar llevó sin tardanza los documentos al general Felipe Ángeles:

“Al enterarse el señor general me dijo: —Sale usted inmediatamente hacia Torreón. Que le arreglen un tren compuesto por una máquina, un carro de carbón, un tanque de agua, un carro de caja y un cabús”.

La orden fue cumplida y el breve tren partió. Después de peripecias varias, entre ellas un rodeo para sortear San Luis Potosí, ocupada por Eugenio Aguirre Benavides partidario ya de Eulalio Gutiérrez; un cambio a otro tren donde iba Rodolfo Fierro en su *pullman* “Leoncito”; un descarrilamiento al pasar un puente, pues “por la intemperancia de Fierro iba el tren a velocidad vertiginosa”, por fin, siguió contando Aguilar a su hija:

—Llegué a Torreón a eso de las seis de la mañana y me presenté de inmediato en el carro *pullman* donde el general Villa tenía su cuartel general.

“Nada más me vio entrar Villa:

—¡Yo he visto esas botas en la portada de una novela! ¿Cuál es?— exclamó, apuntando con el dedo índice a mis botas.

—*Los Tres Mosqueteros*, mi general—, le contesté.

—¡Ésa! ¡Quíteselas, muchachito! Me gustan mucho: a ver si me vienen...

“Me las quité sin replicar una sola palabra y trató de ponérselas... ¡Imposible! Tenía Villa unos pies que...

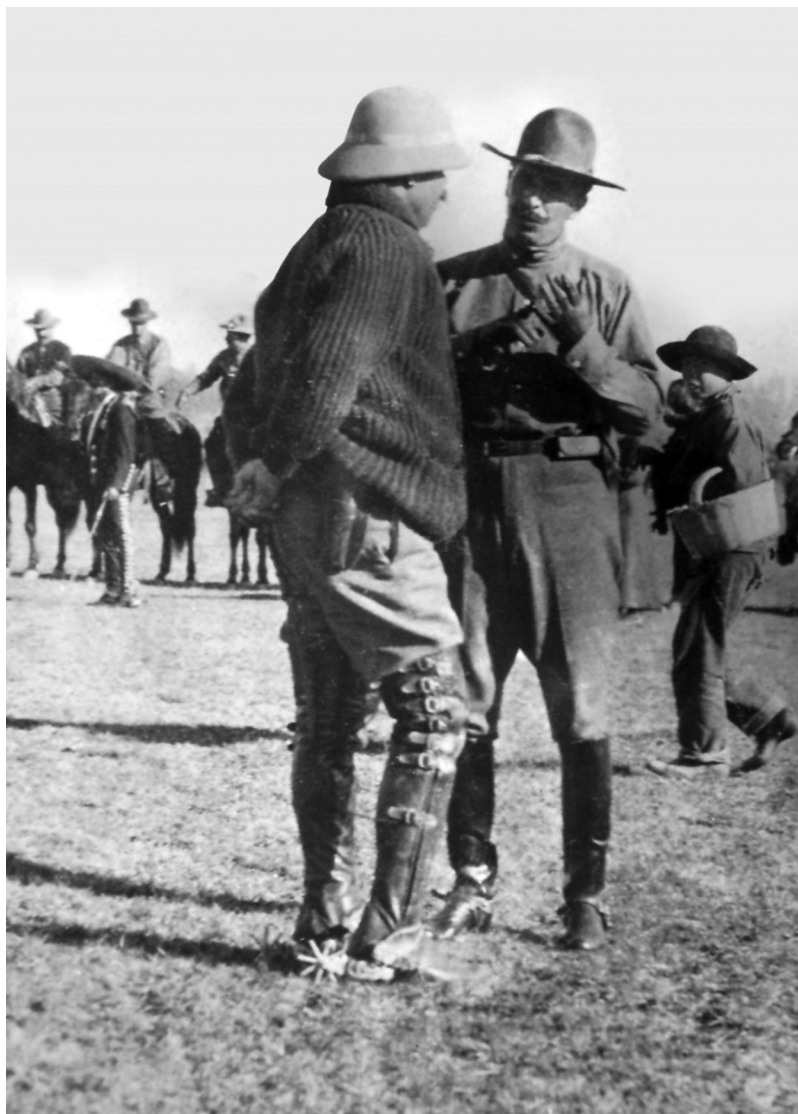
—Amiguito —me dijo— tiene usted unos pies de señorita. ¿Ónde las compró?

—Me las hicieron en Monterrey, mi general —le contesté al tiempo que me volvía a calzar mis botas.

—¡Pos cuando vaya yo p'allá, me manda a hacer unas iguales!”.

El calzado del joven Aguilar no era casual. Él mismo cuenta que el ingeniero Ignacio Bonillas, el que años después fue el frustrado candidato presidencial de Carranza, lo llamaba festivamente “D’Artagnan”.

Sólo después de ese diálogo sobre las botas de los Mosqueteros de Su Majestad Luis XIII, rey de Francia, pudo Jesús Aguilar informar a Villa: “—Mi general, aquí traigo el archivo de Villarreal y de Eulalio que recogimos en Ramos Arizpe”. Villa, contó Aguilar a su hija Sara, “lo tomó, lo leyó, hizo varias exclamaciones que no necesito repetir” y pasaron a otros asuntos militares urgentes.



Francisco Villa y Felipe Ángeles

* * *

A estar al relato de Aguilar González (y no es el único), esos asuntos no eran cuestiones menores: que el general Santiago Ramírez se andaba insubordinando; que se negó a participar en Ramos Arizpe; que “no quiso seguir al general Ángeles a Monterrey” sino que decidió quedarse ocupando Saltillo “por ser él de ahí” y retuvo consigo dos baterías de artillería que correspondían al capitán Gustavo Durón González, artillero del Estado Mayor de Felipe Ángeles. Más grave aún:

“Que si el General [Emilio] Madero no hubiera contravenido sus órdenes y hubiera ocupado San José, como el General Ángeles le había ordenado, esa misma noche habría terminado la campaña del Norte pues habrían caído en su poder *todos los Generales* que mandaban la llamada División del Bravo; y que sería bueno que él [Villa], fuera a Monterrey para ponerse de acuerdo sobre la prosecución de la campaña”.⁴

⁴ La gravedad de la situación, a estar al relato de su padre recogido por la autora, tampoco se le escapaba a Villa. Mandó decir a Ángeles con el emisario: “que me dan muchas ganas de fusilar al general Made-

Aquí el diálogo llegó a su tema urgente, bastante más serio —y, claro, más apremiante— que la elegancia de las botas de los mosqueteros y el archivo de Antonio Villarreal. El mensaje de Ángeles era un indicador de la crisis que iba ganando las filas de la División del Norte después de la ruptura de Eulalio Gutiérrez, Luis Aguirre Benavides, Maclovio Herrera, José Isabel Robles, Antonio Villarreal y otros jefes convencionistas. Pedía a Villa que viniera a Monterrey, no tanto como refuerzo militar según apareció a ojos de Villa (o así se dijo), sino porque desde antes de la ocupación de la Ciudad de México veía Ángeles venir la crisis, que la ciudad acentuó y que se confirmó con la defección de Eulalio Gutiérrez y su gobierno a mediados de enero de 1915.

Ése fue el momento del viraje hacia el desastre del Bajío. No hay reseña de esa encrucijada que pueda igua-

ro por haber desviado la orden que se le encomendó, pero no lo hago porque es hermano del señor Madero, pero... —y al decir esto se atusaba su hirsuto bigote con el reverso de la mano— voy a ordenarle que deje esas fuerzas en manos de Máximo García, y don Emilio que se vaya pa' su tierra, mejor a sembrar algodón...". (Sara Aguilar Belden de Garza, *op. cit.*, p. 351).

lar el relato irónico, angustiado y angustiante de Martín Luis Guzmán en *El águila y la serpiente*.

Ángeles venía de hallar las pruebas escritas de la trama de la desertión y las enviaba a Villa. Las pruebas materiales de la crisis ya las había tenido en las batallas, las defecciones y las insubordinaciones, incluida la insólita desobediencia de Emilio Madero, y se las hacía saber a Villa en el informe verbal del mensajero. Urgía discutir la situación y los planes antes de proseguir con la campaña.

Felipe Ángeles, que antes había insistido en ir sobre Veracruz, conquistar una salida al Atlántico y frustrar la reorganización del gobierno de Carranza y el rearme de Obregón en la gran ciudad del puerto, pensaba ahora en Tampico y el noreste para conquistar petróleo, puerto y aduana, alargar las líneas de abastecimiento de Obregón y hacerse fuerte en una posición defensiva con el mar a sus espaldas, antes que proseguir la guerra del propio desgaste en diferentes batallas en el centro. Villa fue a Monterrey, en efecto, pero vio las cosas de otro modo. Contra las razones del técnico de la guerra privó el sentimiento, la intuición si se quiere, del caudillo de la guerra, que también sus razones tenía. Y la hasta entonces invicta División del Norte fue al encuentro de su destino en las batallas del Bajío.

* * *

Este cuento empezó por los tres mosqueteros. ¿Era casualidad, era moda literaria que todos estos personajes, entre sí tan diferentes, hubieran leído la novela francesa de Alexandre Dumas, escrita a la mitad del siglo XIX, y la conversaran entre ellos: el capitán Ángeles, el teniente Salas, el juez Méndez Armendáriz, el general Villa, el joven regiomontano Jesús Aguilar, su hija Sara después? Claro, esto sería tema de la historia literaria en México y no de la Revolución. Pero una revolución no es solamente un hecho de armas o un hecho político o social sino, como bien sabemos, un movimiento complejo de una sociedad donde todas sus estratificaciones salen a la superficie e irrumpen y se cruzan en turbulencias y remolinos insólitos e imprevisibles.

Sí, *Los Tres Mosqueteros* era ya un clásico popular en las lecturas mexicanas. ¿Pero qué atraía en esos días a cada uno de aquellos lectores en las personas de Athos, Porthos, Aramis, y el cuarto del terceto, D'Artagnan? Porque me resulta que era un tema de referencia y de mutuo entendimiento: cada uno de los diversos lectores sabía a qué rasgo de presencia o de carácter aludía el otro cuando se refería a uno de los cuatro mosqueteros. Era un terreno de reconocimiento y de conexión: explorar esos terrenos nos dice de quienes en ellos se conocen y se conectan. Y en eso consiste explorar, descubrir o intuir los inesperados lazos que en su curso anuda una re-



Llegada de Francisco Villa y Emiliano Zapata a México, 6 de diciembre de 1914

volución, difíciles o diferentes en las rutinas de una situación de estabilidad social donde rigen las jerarquías y las distancias impuestas por el dinero, la profesión, el oficio, la educación formal, las instituciones, la vivienda y varias más.

Primera evidencia, a todos atraía la trama de aventuras guerreras, intrigas de corte, encuentros de amor y lances de honor. Segunda, esa sensibilidad se había conformado en los años afrancesados del porfiriato en el siglo XIX, en la influencia cultural y literaria de Francia de la Bella Época sobre las capas letradas de la sociedad mexicana, incluido el juez que tuvo el buen tino de llevar el libro a Pancho Villa porque supo darse cuenta de su vivaz e inquieta inteligencia.

Pero, otra vez: ¿qué atraía en los mosqueteros de Luis XIII a cada uno de los personajes de este cuento? Aquí toca entrar en el reino de la conjetura, tan peligroso como indispensable en el oficio del historiador, siempre que la imaginación no le falte sin que tampoco se le desboque en fantasía. ¿Qué, entonces?

En Felipe Ángeles su escrito juvenil es claro. Se imagina Athos, el mosquetero soñador, melancólico, de porte elegante y noble estirpe: era el Conde de La Fère. Al teniente Salas, su amigo, le atribuye la figura juvenil y aventurera de D'Artagnan, sin que haya reclamo.

Pero hay más. Tal vez esta identidad era cultivada por Ángeles o asomaba en su porte, y fue esa aura indefinible que da el propio modo de estar en el mundo lo que hizo, mucho después de aquel escrito perdido en una revista militar del año 1900, que Jesús Aguilar, el D'Artagnan de esta historia, describiera así al general al contar a su hija sus recuerdos de la Revolución:

“Cuando recuerdo la bondad reflejada en su mirada, cuando recuerdo la presencia de ánimo manifiesta en su sonrisa al oír zumbir las balas —solamente un poeta como Alejandro Dumas podría describir una personalidad semejante, pues haz de cuenta que era Athos cuando hizo la bandera que fue traspasada por tres balas en el capítulo llamado *El Bastión de San Gervasio*—, yo no encuentro palabras que ni medianamente puedan dar una idea de lo que es un hombre de la talla del señor General don Felipe Ángeles”.⁵

A Jesús Aguilar, el joven regiomontano de familia acomodada lanzado a la gran aventura de la guerra revolucionaria, lo atrae el atuendo y el porte militar de los personajes en la portada de la novela y el calzado desafiante de aquél con el cual también el ingeniero Bonilla lo identificaba: D'Artagnan, mientras él mismo veía en su general un aire de ese Athos en cuya figura se imaginaba, quince años antes, el capitán Felipe Ángeles.

Francisco Villa reconoció al instante las botas que Aguilar se había mandado a hacer en Monterrey y que él

también había visto en aquella portada: “¡Pos cuando vaya yo p'allá, me manda a hacer unas iguales!”. Calzar esas botas era calzar las proezas deslumbrantes de los cuatro o vestir las hazañas propias con la elegancia del uniforme mosquetero. Buen observador, para Villa esa elegancia se resumía en la calidad y el corte del calzado de Aguilar y en la finura de su piel antes que en el pantalón o la casaca, como es bien sabido en los grandes hoteles donde no se fijan tanto en los jeans cuanto en los zapatos del recién llegado. Inteligencia vivaz, resultaba también buen lector cuando la lectura lo merecía y lo atraía.

Aquí entra el juez Méndez Armendáriz, que en la conversación de Villa supo reconocer inteligencia y rasgos del carácter donde otros sólo veían tosquedad o amenaza, y tuvo el buen ojo y mejor tino de elegirle *Los Tres Mosqueteros* como lectura de cárcel. Por supuesto al juez también le encantaba esa historia de aventuras, que ni qué.

¿Por qué existían esos literarios vasos comunicantes? Literatura y novela son escritura e imaginación. Los varios diversos personajes de este cuento encontraron ambos rasgos en el libro de Dumas. Si no, lo habrían desechado u olvidado. Ésa era la sustancia conectiva activada por los tiempos convulsos de la Revolución, la gran mezcladora y la gran igualadora mientras su movimiento y su impulso permanecen.

En *Los Tres Mosqueteros* esa sustancia conectiva de las imaginaciones diferentes era la trama aventurera, sentimental y militar; la amistad guerrera del “todos para uno, uno para todos”; el destino singular de cada mosquetero, donde la corpulencia y la nobleza rústica de Villa podía tal vez asumirse en Porthos y el refinamiento del joven Aguilar en Aramis: vaya uno a saber, ya que también en la División del Norte cada cabeza era un mundo.

Lo adjetivo de aquella sustancia es entonces cuál momento recordaba y sentía mejor cada uno, cuál personaje se calzaba como quien calza unas botas suaves, firmes y refinadas. Eran esos guerreros de la novela figuras heroicas, figuras nobles que se arriesgaban sin interés personal, sólo por algo en lo cual creían o alguien en quien confiaban.

El crepúsculo de ese sueño plebeyo los esperaba en los campos de Celaya, pero ellos aún no lo sabían. Todavía era el tiempo de las virtudes guerreras, la amistad heroica y el desinterés. Otros eran los defectos, las carencias y las grietas que ya asomaban en la antes invencible División. Los esperaba en el Bajío la astucia, la sonrisa, la imaginación bélica, el orden militar y la crueldad teatral de Álvaro Obregón. ¿Soñaría también éste con *Los Tres Mosqueteros*? **U**

Leído en la sesión de apertura del coloquio Reconocimiento de la Trayectoria Académica del Doctor Víctor Orozco, Universidad Autónoma de Ciudad Juárez, Chihuahua, 19 y 20 de abril de 2012. El maestro Edgar Urbina Sebastián colaboró en la investigación de este ensayo.

⁵ Sara Aguilar Belden de Garza, *op. cit.*, p.301.